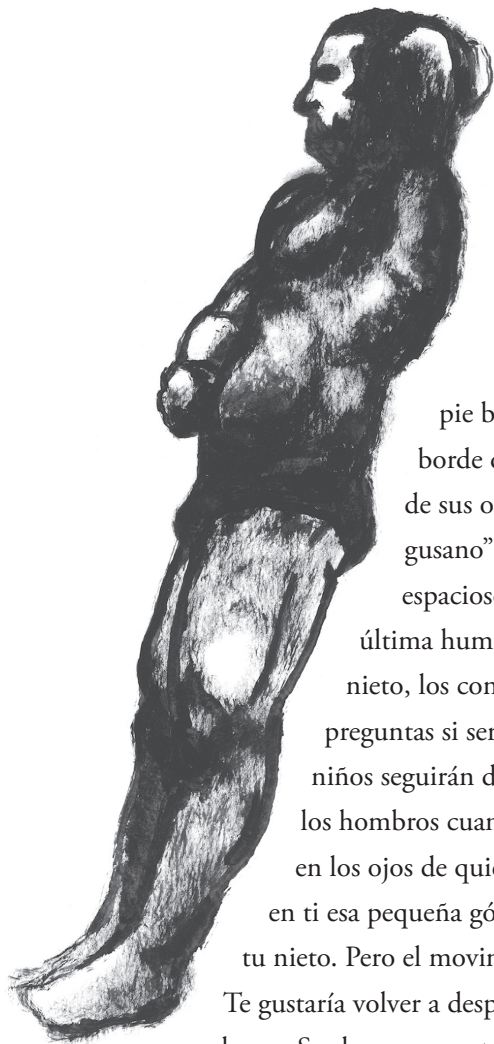


LIBRO SEGUNDO



3 Esta cosa que haces con el dedo del pie, de arriba a abajo, de abajo a arriba, esta cosa que haces con el dedo del pie bajo la sábana blanca y que mira tu nieto al borde de la cama, sorprendido, con toda la fuerza de sus ocho años empujándole los ojos (“Mira un gusano”) será tu última broma. Y esa risa que te hace espacioso, la última risa. Eres tú el que siente cómo esa última humorada se hace elástica sobre los hombros de tu nieto, los contrae alegremente, los vuelve a extender, y te preguntas si será siempre así; si pasarán las generaciones y los niños seguirán después de todo levantando esquemáticamente los hombros cuando ríen, y si ese movimiento abrirá espacios en los ojos de quienes los miren, como abre ahora un espacio en ti esa pequeña góndola en que se han convertido los labios de tu nieto. Pero el movimiento termina. “Mira, un gusano” repites.

Te gustaría volver a despertar la risa, pero tu nieto no sonrío ya. Se aburre. Se aburre como todos los niños se aburren. “Mira, un gusano, un gusano, mira cómo se mueve ese gusano” y mueves desesperadamente el dedo del pie antes sus ojos, ya no asombrados, que esperan otro truco. Pero tú ya no sabes otro truco. Tú has olvidado ya todos los trucos. Tú ya vives en la inmediatez del salto. Esta cosa que haces con el dedo del pie, de arriba a abajo, de abajo a arriba, esta cosa que haces con el dedo del pie bajo la sábana blanca y que mira tu nieto al borde de la cama, este movimiento sin contención ni medida, desesperado, triste, enamorado de la vida, es el movimiento de la levedad y de la gracia.



7 He aquí la parte que decepciona de ti: no has sabido reír. ¿Por qué este lugar está tan lleno de quietud y a la vez tan lleno de tormenta? Es que has venido por un camino muy extenso, es que has crecido y vas a saltar ya, y ahora te parece que mientes. Nunca fuiste alegre. Creías que allí donde los otros se dispersaban y reían había una imagen enflaquecida y pobre. Llenaste tu vida de proyectos que habías de cumplir y te entregaste a la labor con diligencia. Vivías

deseando tu perfección, observando entonces, resulta esto triste:

¿Por qué te sobresaltas?

en la distancia o es

vigor y la esperanza

Nunca deseperaste

otros desesperaban.

mantenía alerta y vivo,

se insinuara detrás

punto de hacer a cada

fuerza brotara de ti mismo,

los millares de voces que de ti

recto y firme. Nada te podemos

obras, tus trabajos, tu paciencia y

malos. Sabemos que donde otros

que compensaste al pobre, y que

merecimiento. Hemos oído decir

sólo tú esperabas sin caer, y que

lo aún por cumplir como una enorme

saltar sólo esto te reprochamos; que no supiste reír. Ahora que partes te reprochamos esto:

que abandonaste el fuego de tu primera ternura.



programando tu evolución,

tu progreso. ¿Por qué,

un proyecto cumplido?

¿Quieres acaso buscar

que sientes que el

te abandonan?

allí donde los

La obligación te

como si una fuerza

de lo que estabas a

instante, como si esa

de tus recuerdos, de

esperaban que fueses

reprochar; conocemos tus

que no puedes soportar a los

fueron débiles tú fuiste recio,

nunca dejaste de creer en el

que en los días de la prueba

de noche sentías el peso de

tribulación. Ahora que te vemos

que partes te reprochamos esto:

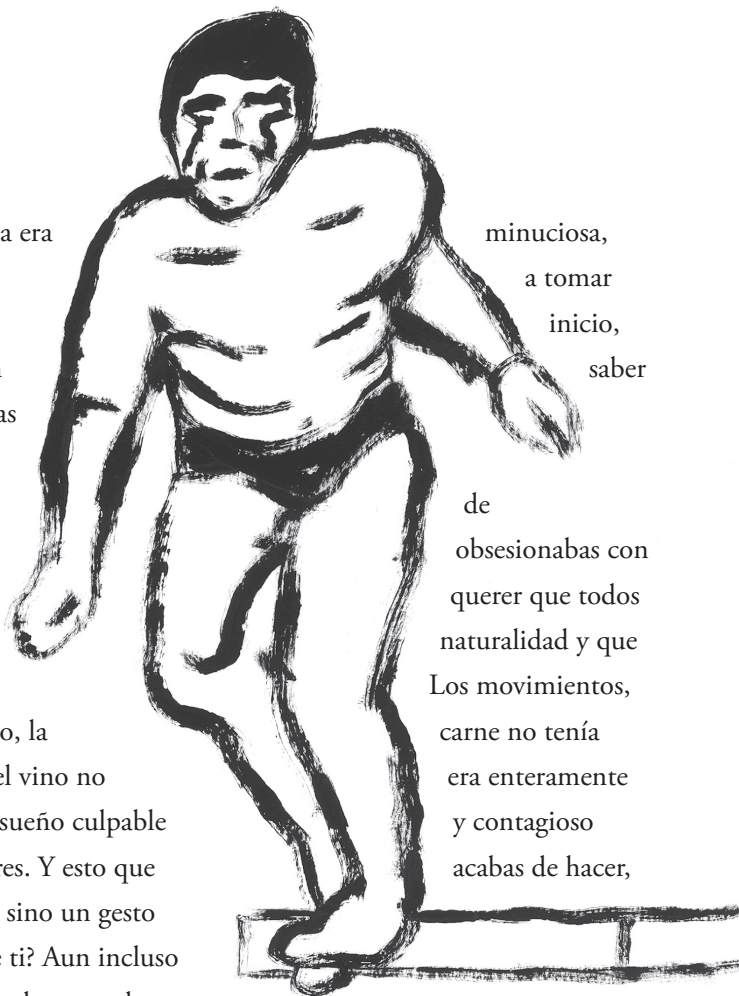
que abandonaste el fuego de tu primera ternura.

23 Desaparecerás poco a poco. De la barbilla a los ojos esa arruga que formaban tus labios al sonreír se desdibujará hasta tomar el aspecto de una máscara. Tus ojos se velarán con una pátina semitransparente, y aunque eran verdes, aunque fueron siempre verdes, al borde de tu salto un extraño juego de la luz sobre la enfermedad los volverá azules. Dirán a tu lado: “Tienes los ojos azules”, pero no sabrás que hablan de ti. Tus piernas y tus brazos se volverán pesados y lentos, se conformarán a un nuevo movimiento, contenido en el de ahora, que aún no percibes. No sabrán qué hacer contigo aunque te quieran. Buscarán ocupaciones que te entretengan y, si te agradan, responderán con alivio: “qué contento está”, antes de dejarte solo, y la mentira de ese pensamiento les hará leves durante días enteros, el tiempo que tarden en volver a ti. La lentitud de tus manos te provocará irritación al principio, igual que tu torpeza, pero también a eso terminarás por acostumbrarte. Una noche tendrás tanto miedo que te orinarás en la cama y esperarás sentado el resto de la noche en la butaca a que alguien limpie las sábanas. Otra noche te caerás sin querer y desde entonces tendrás pánico a esos seres minúsculos; las escaleras. Y todo parecerá tan estúpido, tan obvio, tan innecesario.



27 Tu inteligencia era
quería volver
todo desde el
aun aquello que todos creían
cómo se hacía. Descomponías
y recomponías la marcha
de la vida; aprendías
nuevo a lavarte, a pensar, te
ese hondo mandato del
parecían ejecutar con
en ti era siempre indeciso.
la vida como un vagar penoso, la
suficiente sabor en tu boca, el vino no
real cuando tú lo bebías, un sueño culpable
que frecuentaba ciertos lugares. Y esto que
que acabas de pensar ¿qué es sino un gesto
ampuloso que se cierra sobre ti? Aun incluso
en este instante en que vas a saltar guardas
numeroso recuerdos. ¿Pero qué es un recuerdo?

de ese cuadrito inerte en el que apareces peinado, todo tú limpio y siendo feliz?
¿Cuál es su utilidad? Te has condenado ya a no tener más trampolín que tú mismo.
Sin embargo aún reconoces tu voz, te dices: “Yo pienso, yo escribo, yo deseo este
instante descompuesto, ramificado, comprensible por mí”. A tu lado otra voz que te
avergüenza susurra qué ampuloso es hablar en primera persona. ¿Quién es el hombre
que piensa, el que escribe, el que decodifica? ¿Qué hombre pequeño que pasea de una
calle a la otra, que toma a la derecha, a la izquierda, avanza por delante de las mismas
puertas? ¿Qué hombre que siente afinidades, a quien gusta un guiso y no otro?



minuciosa,
a tomar
inicio,
saber
de
obsesionabas con
querer que todos
naturalidad y que
Los movimientos,
carne no tenía
era enteramente
y contagioso
acabas de hacer,

30 En noches como ésta se abren las prisiones y los que saltan conviven todavía con los que están. El bien hecho trozos y esparcido a través del mal se esconde en cada vida minúscula, a la espera de su restitución. En noches así, como ésta en la que saltas, ¿qué pensarán los hijos de los padres? De pronto nos haces creer en las vidas de los días breves y en las vidas de los días dilatados. Tú, que mueres, que no has visto todavía a los que te piensan y sin embargo saltas, debes transformarnos. Míranos; ya casi no podemos amarte. La imagen de ciertas cosas nos subleva todavía, nos impide saltar contigo. Ahora volvemos los ojos hacia la vida y te olvidamos. Vuelven a sonar las voces, la angustia, la risa. Míranos bailar. Ya no podemos verte. Y nunca hasta nuestro salto descubriremos del todo esa verdad simple y dichosa de que tú no has sido sólo tu sufrimiento, de que hasta tu sufrir era estar sometido a una emoción que amabas. Pero hasta esta frase larga y monótona se vuelve hacia atrás, va borrando saltos, muertos, alegrías, borrando cada una de las largas líneas de este libro. Ya en blanco y en silencio el libro vuelve a la vida. También ese silencio es el reconocimiento de un misterio. Y hay una enorme alegría que empuja sobre las cosas distintas.

